



EL HONOR DE LOS VENCIDOS: LA GUERRA DE LAS ALPUJARRAS EN CALDERÓN

Juan Mayorga



■ UNA CIUDAD QUEMADA

El Tuzaní de la Alpujarra y *Amor después de la muerte* son dos títulos bajo los que se puede nombrar una hermosa obra de Calderón.¹ En ella, una mujer es asesinada en medio de los desórdenes de una guerra. Su enamorado será capaz de llevar adelante una venganza improbable: entrará en campamento enemigo, logrará identificar entre miles al soldado asesino y le dará muerte.

Como en otras piezas calderonianas, en el engranaje dramático de *El Tuzaní de la Alpujarra* ocupa posición central un conflicto en torno al honor. Pero, a diferencia de lo que suele suceder en el mundo calderoniano, lo que aquí está en juego no es el honor de un apellido, sino el de miles de hombres. Es el honor de una parte de la sociedad lo que está en peligro en *El Tuzaní de la Alpujarra*. Así como el agravio no procede de un solo ofensor, sino que son

¹ En las ediciones de Madrid y Barcelona de 1677, que recogen la “Quinta parte” de las Comedias de Calderón, figura en texto el título *El Tuzaní del Alpujarra* y en índice *El Tuzaní de las Alpujarras*. Sin embargo, los últimos versos del drama dicen: “Aquí acaba / *Amor después de la muerte* / y el sitio de la Alpujarra”. El título que acabó por imponerse es el que le adjudicó Vera Tassis de *Amar después de la muerte* en su edición de 1682. No se trata de un desplazamiento insignificante. Como ha observado Ruiz Lagos, ese último título desvía la atención del espectador del infortunio morisco y la orienta hacia una trama sentimental amorosa. Es precisamente la edición de Ruiz Lagos la que vamos a manejar en este trabajo: P. Calderón de la Barca (ed. de M. Ruiz Lagos), *El Tuzaní de la Alpujarra*, Sevilla, Guadalmena, 1998. Acerca del título, ver pp. 57 y ss. En este contexto, ver también: J. Alcalá Zamora, “Individuo e historia en la estructura teatral de *El Tuzaní de la Alpujarra*”, en *Calderón. Actas. Congreso Internacional sobre Calderón y el teatro español del Siglo de Oro*, Madrid, T.I.CSIC, 1983, p. 344; y J. M. Caso, “Calderón y los moriscos de las Alpujarras”, en: *Id.*, p. 396.

ARTÍCULOS

también muchos los que ofenden.

Los hechos dramatizados por Calderón se inscriben en una guerra civil española: la que empieza con la revuelta de los moriscos granadinos en 1568 y concluye con su derrota tres años después. Hay varias crónicas que se ocupan de esa guerra: *Guerra de Granada*, de Diego Hurtado de Mendoza; *Historia de la rebelión y castigo de los moriscos del Reino de Granada*, de Luis de Mármol de Carvajal; *Guerras civiles de Granada*, de Ginés Pérez de Hita². Estos cronistas coinciden en un esquema narrativo de acuerdo con el cual la presión de las pragmáticas reales fue el detonante que decidió a los moriscos a una rebelión poco menos que suicida.

Los historiadores actuales enmarcan el caso en un contexto complejo. Para explicar el levantamiento morisco tienen en cuenta la presión ejercida por los impuestos sobre la seda, las confiscaciones de tierras y los procesos civiles e inquisitoriales. Por encima o por debajo de estos factores aparece otro más difícil de evaluar: el ambiente de odio en torno a la minoría. Este odio tenía sin duda un componente religioso, al que se adhería la sospecha, no siempre infundada, de complicidad morisca con los piratas musulmanes. Lo cierto es que ya había núcleos densos de población descontenta cuando se prohibió a los moriscos su idioma, sus vestidos típicos, sus baños, sus fiestas, sus costumbres. Los moriscos intentaron levantar la prohibición a cambio de un pago. El rechazo de éste desencadenó el levantamiento. Su primer líder fue un miembro de la franja aparentemente integrada de la minoría morisca. Con el nombre de Aben Humeya, capitaneando a moriscos de la Alpujarra y algunos turcos, se propuso reinstaurar un reino musulmán. Fracasó en el propósito de tomar Granada, pero consiguió el alzamiento de la Alpujarra, donde encontró la resistencia de pocos y dispersos cristianos. A partir de entonces, los bandos se hicieron una guerra terrible. Tras un fallido intento de avenencia propuesto por el general español Juan de Austria, Aben Humeya fue asesinado por sus propios partidarios. Sin embargo, la guerra se prolongó todavía durante dos años. Ello pese a que los moriscos granadinos no fueron secundados por los del resto de España y los turcos apenas les apoyaron. Pero la potencia del bando cristiano era

² D. Hurtado de Mendoza (ed. de B. Blanco González), *Guerra de Granada*, Madrid, Castalia, 1981; L. de Mármol de Carvajal (ed. de A. Galán), *Historia de la rebelión y castigo de los moriscos del Reino de Granada*, Málaga, Arguval, 1991; G. Pérez de Hita, *Guerras civiles de Granada*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1975. La crónica de Pérez de Hita, cuya segunda parte se publicó en 1604, pudo tener un peso especial en la escritura del drama. Calderón parte de personajes históricos para crear algunos de los ficcionales, pero lo hace tomando enormes libertades. Acerca de la manipulación calderoniana de las crónicas mencionadas, ver las notas de Ruiz Lagos a su edición de la obra. Cf.: Caso, *op. cit.*, pp. 394 y ss.

también pequeña y más orientada al saqueo que a la lucha. Al final, de los ciento cincuenta mil moriscos granadinos, un tercio pereció en la contienda.³

Más de medio siglo después, cuando las cenizas ya están frías, Calderón dramatiza estos hechos.⁴ Su perspectiva nos interesa precisamente porque prescinde de cualquier prurito de objetividad historicista. Precisamente porque sacrifica la “verdad histórica” a la eficacia del artefacto dramático, precisamente por eso nos interesa la lectura de este Calderón. A diferencia del cronista, el dramaturgo, abiertamente, incurre en anacronismos, escoge unos hechos ignorando otros, los dispone en un orden artificioso, establece relaciones poco probables... No es la “verdad del pasado” lo que se quiere llevar a escena, sino una construcción capaz de interesar a un público actual. Pero aquello que es puesto en escena refleja y configura la percepción que del pasado tiene la actualidad. El Tuzaní de la Alpujarra nos informa menos acerca de aquella guerra que acerca de qué había de ella en la memoria colectiva. En sus palabras y en sus silencios conocemos menos a la sociedad sobre la que Calderón escribe que a aquella para la que Calderón escribe.⁵

³ Cf. A. Domínguez Ortiz, *El Antiguo Régimen: Los Reyes Católicos y los Austrias, Historia de España Alfaguara*, Madrid, Alianza, 1980, vol. III, pp. 301 y ss. Véase también el capítulo IV, “La demografía española en el siglo XVI. Población rural y urbana”, pp. 69-87. En su prólogo al libro de Hurtado de Mendoza, Blanco-González defiende la política de la expulsión morisca. A su juicio, en la sublevación alpujarreña resultó fundamental la esperanza del desquite, sostenida por la proximidad de África y por la actividad de los corsarios berberiscos. Lo que hizo Felipe II fue, en opinión de este intérprete, cortar el nudo gordiano de la imposible cohabitación de dos grupos que se detestaban. *Op. cit.*, pp. 53-69. Acerca de la evolución del tratamiento historiográfico dado a la comunidad morisca: M. A. de Bunes, *Los moriscos en el pensamiento histórico. Historiografía de un grupo marginado*, Madrid, Cátedra, 1983. Refiriéndose a *El Tuzaní de la Alpujarra*, de Bunes atribuye a Calderón una notoria simpatía hacia la minoría rebelde. *Id.*, p. 21.

⁴ Dos fechas probables para situar la escritura del texto son 1633 y 1651. Para valorarlo, conviene tener en cuenta tres fechas anteriores: 1502, 1571 y 1609. Corresponden, respectivamente, a la primera insurrección granadina, al fin de la guerra de la Alpujarra y al edicto de expulsión de España de los moriscos. Otras piezas calderonianas de temática musulmana son *El príncipe constante*, *El jardín de Falerina*, *El gran príncipe de Fez* y *La niña de Gómez Arias*.

⁵ Según Caso, Calderón manifiesta su oposición a la política oficial y al racismo de la sociedad de su tiempo y defiende la dignidad de los moriscos bautizados y la necesidad de su integración. Caso, *op. cit.*, p. 402. También para Alcalá Zamora, Calderón sostiene una postura crítica frente a la guerra de la Alpujarra y frente al poder político en general. Sin embargo, desde su punto de vista, el núcleo de la obra es el choque del hombre contra las fuerzas de la Historia. Alcalá, *op. cit.*, pp. 354 y ss. Ruiz Lagos interpreta *El Tuzaní de la Alpujarra* como un intento de reconstrucción de una imagen colectiva dañada por la razón de estado. A la herida cerrada en falso de la expulsión de los moriscos, resultado de una incorrecta política

ARTÍCULOS

Esta lectura va a subrayar el hecho de que Calderón represente la rebelión morisca situando como su desencadenante una disputa en torno al honor. Si bien más tarde aludirá a las pragmáticas reales como su causa última, la pieza calderoniana comienza por representar la guerra de las Alpujarras como una lucha por el honor de la minoría.

El Tuzaní de la Alpujarra empieza presentando a unos hombres que parecen sentirse extranjeros en la Granada en que han nacido. Son moriscos reunidos en viernes en secreto. Estos hombres tienen miedo de que su asamblea sea descubierta. El rito que realizan, los vestidos con que se cubren, la lengua que hablan, no están bien vistos en España. De ahí la desconfianza con que miran hacia la puerta cuando alguien llama. El que llama es Juan Malec.

Cuando descubren que es Juan Malec quien llama a su puerta, los moriscos reunidos recelan. Porque si bien Juan Malec es, como ellos, de ascendencia africana, también es “de sangre clara”. Sin embargo, muy pronto van a comprender qué sangre domina en el recién llegado.

Malec es uno de los veinticuatro notables del cabildo de Granada. Y del cabildo viene, a contar lo que en ese lugar acaba de ocurrir. Se ha dado allí lectura a una carta del rey Felipe II que establece instrucciones para los moriscos. En lo sucesivo, éstos no podrán “tener fiestas, hacer zambras, / vestir sedas, verse en baños, / juntarse en ninguna casa / ni hablar en su algarabía, / sino en lengua castellana”. Por ser el más viejo, a Malec le ha tocado ser el primero en manifestarse acerca de las intrucciones dictadas por el rey. Ante los otros miembros del cabildo, Malec ha afirmado que “aunque era / ley justa y prevención santa / ir haciendo poco a poco / de la costumbre africana / olvido, no era razón / que fuese con furia tanta”. Ha salido a replicarle otro Juan, don Juan Mendoza. Mendoza ha acusado a Malec de hablar “apasionado, porque / naturaleza le llama / a que mire por los suyos, / y así, remite y dilata / el castigo a los moriscos, / gente vil, humilde y baja”. Le ha respondido Malec recordándole que los cristianos mozárabes habían merecido respeto pese a haberse mezclado con árabes,

de asimilación, responde Calderón amnistiando en la mentalidad social aquella contienda civil y restituyendo en la memoria histórica una convivencia tolerante. De ahí el, para Ruiz Lagos, lema básico del drama: la pacificación de la Alpujarra debe evitar, en lo posible, la represión y el uso de las armas. Lo que Calderón aporta a la interpretación del problema es, según Ruiz Lagos, el destino fatal del condenado: esa rebelión imposible que despreciaba el título de ser vasallo del rey de España, era tanto como un combate contra la Fortuna. Ruiz Lagos muestra de manera convincente cómo las variantes introducidas por Vera Tassis en 1682 tienden a convertir lo que es una contienda civil en un episodio de conquista. Ruiz, *op. cit.*, pp. 15-72.

y ha añadido que los nobles moros bautizados no eran inferiores a los nobles cristianos. Mendoza se ha burlado de la sangre de reyes de que presume Malec —sangre de reyes, sí, pero reyes moros— y ha acabado agravando físicamente al anciano.

Hasta aquí la narración que hace Malec de lo sucedido en el cabildo. Seguidamente, Malec interpreta el caso como un agravio que no le concierne sólo a él, sino a toda la comunidad morisca. Su interpretación es inmediatamente aceptada por los moriscos reunidos. Nadie le discute cuando afirma que “este agravio que en defensa, / esta ofensa que en demanda / vuestra a mí me ha sucedido, / a todos juntos alcanza”. Malec expone que, por ser él viejo y no tener hijo varón capaz de representarle en la defensa de su honor, el desagravio concierne a todos los varones moriscos en edad de luchar. Una vez planteado el *casus belli*, el discurso de Malec se cierra bajo la forma de arenga: “Ea, valientes moriscos, / noble reliquia africana, / los cristianos solamente / haceros esclavos tratan”. “La Alpujarra (...) toda es nuestra”, añade, antes de animarles a elegir “una cabeza / de la antigua estirpe clara / de vuestros Abenhumeyas”. Mientras tanto, él se propone persuadir “a todos / que es bajeza, que es infamia / que a todos toque mi agravio, / y no a todos mi venganza”. La arenga causa efecto: todos los moriscos reunidos, hombres y mujeres, ricos y pobres, hacen suya la causa de Malec.⁶

De modo que Calderón presenta la guerra de la Alpujarra como un

⁶ También Hurtado de Mendoza sitúa en el comienzo de la sublevación una arenga, la que el notable el Zaher dirige a un grupo de moriscos “poniéndoles delante la opresión en que estaban, sujetos a hombres públicos y particulares, no menos esclavos, que si lo fuesen”. El Zaher expone a los reunidos que sus “mujeres, hijos, haciendas, y sus propias personas” están “en poder y arbitrio de enemigos”. Según el Zaher, los moriscos tienen “tantos tiranos como vecinos” y son “tratados y tenidos como moros entre los cristianos para ser menospreciados, y como cristianos entre los moros para no ser creídos ni ayudados”. La de la lengua es cuestión central en su discurso: “Mándannos que no hablemos nuestra lengua; y no entendemos la castellana: ¿en qué lengua habemos de comunicar los conceptos, y pedir o dar las cosas, sin que no puede estar el trato de los hombres? (...) ¿Quién quita que el hombre de lengua castellana no pueda tener la ley del Profeta, y el de la lengua morisca la ley de Jesús?”. El Zaher hace ver a los congregados que sus hijos son atraídos a prácticas contrarias a sus tradiciones y que incluso “cada hora nos amenazan quitarlos de los brazos de sus madres, y de la crianza de sus padres, y pasarlos a tierras ajenas, donde olviden nuestra manera de vida, y aprendan a ser enemigos de los padres que los engendramos, y de las madres que los parieron”. También se queja de los crecientes tributos y de la prohibición de tener esclavos, así como de que se les imponga vestir trajes castellanos, tener las ventanas abiertas —con peligro de “la seguridad, la hacienda, la honra”— y renunciar a sus baños y a sus entretenimientos típicos. Finalmente, el Zaher llama a los moriscos a la unidad y les anima a elegir un líder. Hurtado de Mendoza, *op. cit.*, pp. 116 y ss.

ARTÍCULOS

conflicto cuyo epicentro es el honor de la minoría morisca. La pérdida de ese honor es sentida como hundimiento social del grupo. De acuerdo con las palabras antes citadas de Malec, los moriscos están en riesgo de pasar de libres a esclavos.

La ecuación entre “pérdida del honor” y “caída social” es visible en otros momentos de la obra. Clara, la hija de Malec, es muy consciente de ella. Desearía ser varón para restituir el honor de su familia. Ese deseo tiene una dimensión práctica: mientras esté vigente el agravio sufrido por su padre, ella no merecerá ser esposa de su amado, Álvaro Tuzaní, pues éste no merece mujer “de un padre sin honor”. El propio Álvaro conoce el significado social de la pérdida del honor, pero ve el caso desde una perspectiva distinta. Hasta ahora, su inferior condición le había impedido declarar su amor a la hija de Malec. Pero el hundimiento de la familia Malec lo ha igualado a ésta. En la ocasión de desagraviar a Malec, Álvaro ve llegado el momento de merecer a su amada. Clara Malec lo expresa muy bien cuando le dice que “fue menester, señor, / que me hallases sin honor / para casarte conmigo”.

No faltará quien se esfuerce por salvar la armonía social. El notable morisco Fernando de Válór, acompañado del corregidor, el no morisco Alonso de Zúñiga, intenta hacer las paces entre los enemistados. A Válór se le ocurre que la mejor solución es la mezcla de sangres. Propone que Clara, la hija del ofendido Malec, se case con el ofensor Mendoza. Malec finge aceptar la propuesta, pero sólo para ganar tiempo “mientras empieza el motín”. Más sincera es la respuesta de Mendoza. Cuando Válór le invita a casarse con Clara Malec y la compara con el Fénix, Mendoza rechaza la oferta afirmando que “si es el Fénix doña Clara, / estarse en Arabia puede; / que en montañas de Castilla / no hemos menester al Fénix”. Más aun, duda que sea decente “mezclar Mendozas con sangre / de Malec, pues no convienen / ni hacen buena consonancia / los Mendozas y Maleques”. Válór le replica que Malec, como él mismo, “desciende de los reyes de Granada”. A lo que Mendoza contesta: “Pues los míos, sin ser reyes, / fueron más que reyes moros, / porque fueron montañeses”.

Sólo entonces parece entender Válór que no se trata de un conflicto entre dos hombres, sino entre dos ascendencias. Calderón nos lo hace visible al final del primer acto. Los pacificadores Fernando de Válór y Alonso de Zúñiga se sitúan uno frente al otro. Álvaro Tuzaní, el morisco enamorado de Clara Malec, se alinea con Válór. Junto a Mendoza, ofensor de Malec, se sitúa el corregidor, quien descubre ser “Zúñiga en Castilla” antes que representante de la justicia. Afirmando que en el próximo encuentro ya no habrá palabras, sino acero, Mendoza y Zúñiga dan la espalda a los dos moriscos. Éstos se quedan rumiando venganza. Válór se pregunta: “Porque

me volví cristiano, / ¿este baldón me sucede?”. Y Álvaro, a su lado, se dice: “Porque su ley recibí, / ¿ya no hay quien de mí se acuerde?”. Hasta ayer se habían esforzado por ser españoles. Hoy juran hacer “llorar a España mil veces”. La guerra civil es ya inevitable.

El desarrollo de la guerra es el asunto del segundo acto.

Para aplastar la sublevación llega el mismísimo Juan de Austria, anacrónicamente caracterizado como héroe de Lepanto.⁷ Merece la pena atender a su visión del bando rival. En el lenguaje del generalísimo, igual que luego en el de sus soldados, reconocemos la aniquilación moral que prepara la aniquilación física del enemigo.⁸ Juan de Austria lamenta que no se trate de un caso a la altura de su historial, “porque no son blasones / a mi honor merecidos / postrar una canalla de ladrones / ni sujetar a un bando de bandidos”. El encargado de hacerle ver el alcance de la sublevación es Mendoza, el hombre que agravió a Malec. Mendoza acepta pasar por ser el provocador de la guerra, pero es consciente de que aquella ofensa infligida a un viejo sólo había hecho visible el acoso a toda una comunidad. Mendoza afirma que “mejor es decir / que fui la causa primera, / que no decir que lo fueron / las pragmáticas severas / que tanto los apretaron, / que decir esto me es fuerza. / Si uno ha de tener la culpa, / más vale que yo la tenga”. Pero Mendoza sabe que “ya oprimidos / de ver cuánto los aprietan / órdenes que cada día / aquí de la corte llegan, / los desesperó de suerte, / que amotinarse conciertan”.

De acuerdo con la narración de Mendoza, la “traición” morisca había sido preparada en secreto durante tres años. Había comenzado con hurtos a los que siguieron asesinatos, robos de iglesias, sacrilegios y, por fin, la muerte del corregidor. Entre los no moriscos había crecido el miedo tanto como entre los moriscos la soberbia. Soberbia y miedo animados por la expectativa de que la sublevación recibiese socorro de África o de que otros moriscos siguiesen el ejemplo en Extremadura, Castilla y Valencia. Se trataba de treinta mil hombres perfectamente organizados por Fernando de Válor, aquel que intentó sellar las paces con la mezcla de las sangres. El primer gesto del líder morisco había sido establecer entre su gente “que ninguno se llamara / nombre cristiano, ni hiciera / ceremonia de cristiano”. También había dispuesto “que ninguno hablar pudiese / sino en arábigo

⁷ La batalla de Lepanto tuvo lugar en 1571, después de los hechos dramatizados por Calderón. De la narración de Hurtado de Mendoza cabe deducir que la misión encomendada a Juan de Austria fue no tanto la de aplastar el levantamiento —ya aminorado cuando él interviene— como la de dar al problema morisco una solución “definitiva”. Cf. Blanco-González, *op. cit.*, p. 66.

⁸ Acerca de la costumbre de emplear un lenguaje ofensivo contra los moriscos por parte de los cristianos viejos, ver Ruiz, *op. cit.*, pp. 160 y 209.

ARTÍCULOS

lengua; / vestir sino traje moro, / ni guardar sino la secta / de Mahoma". Él mismo había tomado el apellido de los reyes de Córdoba: Abenhumeya.

La alianza entre Fernando de Valor y Álvaro Tuzaní se ha sellado en el casamiento del primero con la hermana del segundo. A su vez, Álvaro se ha unido a Clara Malec ante el Corán. Ya no hay mezclas de sangres. Los moriscos organizan su resistencia encomendándose a Alá.

La fragilidad de esa resistencia será visible en el tercer acto, que arranca con el asalto a la ciudad morisca de Galera. Han venido a ganarla veteranos guerreros de toda España. Los explosivos revientan las defensas de la ciudad. Entre las ruinas, don Lope, uno de los jefes militares españoles, ordena que "no quede persona a vida; / llévase a fuego y a sangre / la villa".⁹ Este don Lope es quien da muerte al anciano Malec. A la estocada acompaña de las siguientes palabras: "Muere, perro, y a Mahoma / da un recado de mi parte". Así acaba el viejo morisco, sin recuperar su honor.

La furia de los atacantes es alentada por la ocasión que se les ofrece de saquear la ciudad para su provecho personal.¹⁰ Más tarde sabremos que van a arrebatar un enorme botín a los "perros" moriscos. Pero antes debemos fijarnos en uno de los asaltantes, el veterano de Lepanto llamado Garcés. Ya había aparecido en el primer acto. Entonces, se había encontrado con Mendoza, el humillador del viejo Malec. Le cabía alguna duda a Mendoza acerca de su propio comportamiento en el cabildo. Garcés quiso despejarla: "No te disculpes, que muy bien hiciste / en ponerle la mano, / que no por viejo el que es nuevo cristiano / piense que inmunidad el serlo goza / de atreverse a un González de Mendoza". En el segundo acto vemos a Garcés a punto de ser castigado por Juan de Austria y ofreciendo a éste, a cambio de su vida "cuantas / Galera contiene dentro; / sin que pueda con mi rabia, / sin que valgan con mi acero, / ni en los niños la piedad, / ni la clemencia en los viejos, / ni el respeto en las mujeres". En el tercer acto lo encontramos incendiando la ciudad de Galera y matando a cuantos moriscos encuentra, sin que ni mujeres ni viejos se libren de su espada. Garcés proclama: "Ninguna vida hoy se guarde / que a mi acero, por hermosa / o por caduca se escape". El exterminador halla en su camino a Clara Malec. La belleza de la morisca consigue detenerlo. La toca. Ella le ofrece sus joyas a cambio de que deje "limpio el lecho". Garcés intenta forzarla; ella se resiste, pide auxilio; el soldado la apuñala y, tras arrancarle sus joyas, huye.

⁹ Como señala Ruiz Lagos, don Lope toma en el texto calderoniano el protagonismo represor que correspondió en la realidad a Juan de Austria. Ruiz, *op. cit.*, p. 208.

¹⁰ Garcés es un soldado cuyo sueldo es el saqueo. Éste parece haber sido norma en la guerra de Granada, y en particular en la toma de Galera. Cf. Ruiz, *op. cit.*, p. 223.

ARTÍCULOS

Álvaro buscará a Clara “por entre mieses de llamas / entre piélagos de sangre, / tropezando en cuerpos muertos”, pero sólo llegará a tiempo de verla morir. Esa misma Galera cuyas plazas y calles “son abrasadas cenizas”, marco del patético abrazo de Álvaro a su esposa agonizante, esa ciudad quemada mueve a meditación a los jefes del ejército vencedor. Juan de Austria promete ver a sus pies a Abenhumeya, “muerto o vencido”. Pero don Lope, el hombre que acaba de matar al anciano Malec, se atreve a recordar que la intención del rey no fue “destruir gentes que son / sus vasallos, sino dar / escarmientos y templar / el castigo y el perdón”. A esta petición de templanza se adhiere el instigador del conflicto, Mendoza, quien sugiere que los moriscos “la cara del perdón vean, / pues vieron la del castigo”. Persuadido, Juan de Austria envía a Mendoza a la ciudad de Berja, donde todavía resiste Abenhumeya, con la misión de ofrecer a los rebeldes perdón general y su restitución “en sus oficios y estados”. La oferta viaja acompañada de una amenaza: si no se rinden, los moriscos de Berja correrán la misma suerte que los de Galera.

Entretanto, una pasión que sobrevive a la muerte del amado hará a Álvaro capaz de una casi imposible venganza. Para ello, habrá de recuperar el vestido, las maneras, la lengua que abandonó al adherirse a la rebelión. Disfrazado y con la sola compañía de otro morisco, Alcuzcuz, Álvaro entrará en campamento enemigo y hallará entre treinta mil hombres al asesino de su esposa. Álvaro reconoce las joyas de la amada en manos de Juan de Austria, pero ni por un momento piensa que el general puede haber sido el matador. Calderón se sirve de este momento para elevar al de Austria, porque, como dice Álvaro, “es cosa clara / que un noble no ensangrentara / en una mujer la mano”. Calderón quiere que sea el villano Garcés quien, no tomando a Álvaro por morisco, se identifique ante él como el asesino de Clara. Entonces, Álvaro no dudará en ejecutar el gesto vengador.

Juan de Austria vacilará. ¿Qué hacer con este morisco que ha vengado a su dama con tan alto sentido del honor como lo habría hecho el mejor español? Don Lope recomienda dejarle libre. Mendoza recuerda que se trata de un líder enemigo. Finalmente, la hazaña de Álvaro no es suficiente para valerle el perdón. Juan de Austria ordena prenderlo. Pero Álvaro consigue escapar y huir hacia Berja. Su fuga servirá a Calderón para que la historia singular del héroe y la colectiva de los sublevados confluyan en un final consolador.

Álvaro está a punto de ser capturado a las puertas de Berja. Providencialmente, sale de la ciudad su hermana Isabel, esposa de Abenhumeya. Isabel se pone a los pies de Juan de Austria y se presenta ante él con estas palabras: “Doña Isabel Tuzaní / soy, que aquí tiranizada, /

ARTÍCULOS

viví ajustada en la voz / y católica en el alma”¹¹. Isabel explica que, habiendo rechazado Abenhumeya el indulto ofrecido por Juan de Austria, el pueblo morisco le había dado muerte al grito de “¡Viva el sacro nombre de Austria!”. Isabel pide el perdón para su hermano poniendo la corona de Abenhumeya a las “heroicas plantas” de Juan de Austria y diciéndole: “A tus pies / más que el ser reina / estimara ser tu esclava”. También el orgulloso Álvaro se inclina ante el de Austria. Así acaba esta historia de aventuras: con la humillación del héroe. Esa humillación le da lo que no le dio su valor. El generalísimo le concede el perdón.

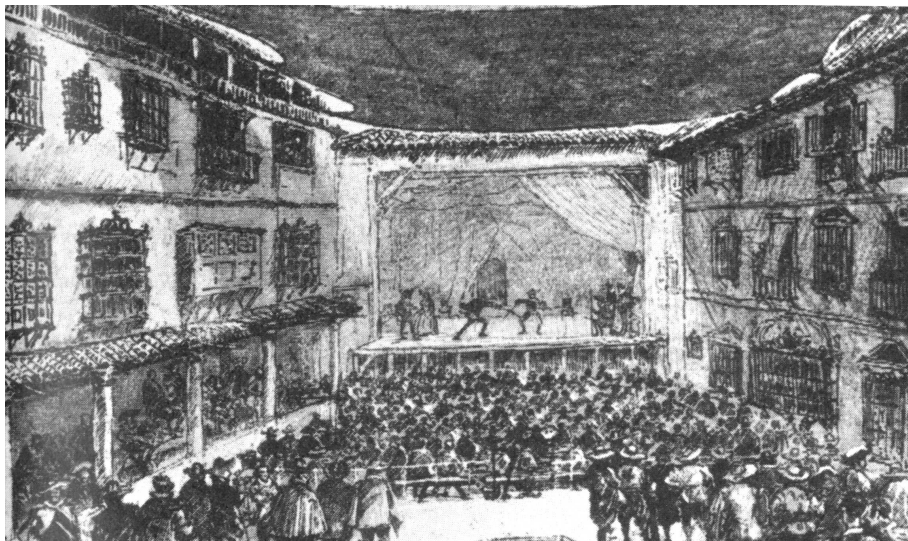
Pero ¿qué perdón es éste? ¿Qué es lo que se está perdonando?

■ HONOR Y PELIGRO

El concepto del honor está en el centro de *El Tuzaní de la Alpujarra*. Sobre todo está en el centro de su primer acto, aquel que nos deja ver los preparativos de la guerra civil. Ese concepto es un elemento estructurante fundamental en la economía del teatro áureo, el resorte más eficaz para desencadenar la acción. Los personajes nombran con esa palabra algo que hay que defender a toda costa; una propiedad más valiosa que la vida. No podemos hacernos cargo de la escena del cabildo, en que Malec es agraviado por Mendoza, desconociendo el carácter imperativo que la defensa del honor tiene para el personaje calderoniano.

Por defender su honor, los personajes de Calderón llevan a cabo las hazañas más sublimes, como ese Álvaro que viaja hasta el corazón del campamento enemigo. También por honor ejecutan crímenes atroces. El mandato de la defensa del honor está por encima de sentimientos, consideraciones éticas o convicciones religiosas, por encima de la capacidad de perdón o de compasión. Puede envolver al personaje en un conflicto de valores en que el del honor acaba imponiéndose. Y es que la palabra “honor” es el eje de un mecanismo al que la conducta individual ha de acoplarse.

¹¹ A juicio de Ruiz Lagos, la expresión “ajustada en la voz” —frente a la de “morisca en la voz”, que impuso Tassis—, mantiene cierta ambigüedad sobre si Isabel Tuzaní había abjurado o no del cristianismo. La indeterminación cultural y religiosa de Isabel, Álvaro y Clara le parece a Ruiz fundamental para entender el texto en el marco de una contienda civil y no en el de una guerra de conquista. Ruiz, *op. cit.*, pp. 258 y ss.



Reconstrucción ficticia de una representación en el corral del Príncipe hacia 1660. Grabado de J. Comba.

El carácter hermético del mundo en que viven los personajes calderonianos se hace especialmente visible en los asesinatos de los dramas del honor conyugal. Hoy, estos dramas suelen ser puestos en escena como si se tratara de desafortunados antecedentes del vodevil: marido celoso, amante escondido en el armario, etc. Lo cierto es que nunca como en esas manifestaciones extremas se hace evidente la centralidad que el imperativo del honor tiene en el universo calderoniano. En obras como *A secreto agravio secreta venganza*, *El médico de su honra* o *El pintor de su deshonor*, lo que impulsa al marido a la venganza no es la pasión de los celos, sino la necesidad de cumplir la ley del honor. No es necesario tener pruebas. Una sospecha basta para el asesinato de la esposa. Incluso se la matará sabiéndola inocente. Hasta su ejecución, las esposas han vivido en un mundo donde palabras, miradas, gestos, son permanentemente vigilados. Frente a cada una de esas mujeres está un hombre a solas con su honor. Ese hombre puede verse a sí mismo como ejecutor de un deber doloroso. Su conciencia y sus sentimientos pueden resistirse a la venganza, pero ésta tiene un carácter de impersonal necesidad. Los padres de las sacrificadas y el rey aprobarán el crimen. Porque es todo un orden social el que se está defendiendo al defender el honor, y toda la sociedad gana fuerza con la venganza del agravio.

En torno al honor se configura un sistema de relaciones recíprocas entre

ARTÍCULOS

el individuo y la sociedad. El honor no es una cualidad intrínseca del individuo —una virtud—, sino que depende completamente de la estimación ajena. Es en la opinión de los otros donde está en juego el honor. “Honra es aquello que consiste en otro”, dice un personaje lopesco en *Los comendadores de Córdoba*. Porque, como ese mismo personaje explica, “ningún hombre es honrado por sí mismo, / que del otro recibe la honra un hombre; / ser virtuoso hombre y tener méritos, / no es ser honrado”, sino que lo es “dar las causas / para que los que tratan les den honra”.¹² El honor viene a ser el reconocimiento que el individuo recibe por ajustarse al ideal común. La conservación del honor concierne a todos y cada uno de los miembros de la sociedad. Y, recíprocamente, hasta el más humilde participa del orden común si, de acuerdo con la sanción colectiva, mantiene íntegro su honor.

En caso de agravio, la venganza ha de ser ejecutada porque su omisión supone la exclusión, la muerte civil. Mientras la venganza está pendiente, el ofendido está al margen de la comunidad. También lo está su familia, pues, como el pecado original, la ofensa se transfiere de padres a hijos. Ello exige de cada hombre una vigilante tensión. Una palabra, una acción, una actitud en la que se pueda vislumbrar desprecio, exigen reparación inmediata. Ésta ha de ser adecuada a la ofensa y regirse conforme a la fórmula “secreta venganza a secreto agravio, pública venganza a público agravio”. La venganza es el único medio que el ofendido tiene para volver a la comunidad. Lo que está en juego es el ser o no ser para los demás. Se trata de una cuestión topológica: estar dentro o estar fuera del mundo.¹³

¿Se adhiere Calderón a la idealización fanática de unas convenciones de origen medieval incompatibles con la conciencia cristiana? ¿Presenta, sin valoración moral, un orden social alienante que sus personajes aceptan como necesario y dentro del cual la conciencia individual sólo puede ser trágica? ¿Es apología o es crítica de una sociedad y de una época lo que

¹² F. Lope de Vega, *Obras selectas*, México, Aguilar, 1991, vol III, p. 1.259.

¹³ Cf. Ruiz Lagos, *op. cit.*, p. 110; A. Alonso, “El honor: el castigo sin venganza”, en: F. Rico (ed.), *Historia y crítica de la literatura española*, Madrid, Crítica, 1967, vol. III, pp. 362-367; R. Menéndez Pidal, *Cervantes y Lope de Vega*, Madrid, Espasa-Calpe, 1958, pp. 145-146; F. Ruiz Ramón, “Introducción”, en: P. Calderón de la Barca, *Tragedias*, Madrid, Alianza, 1968, vol. II, pp. 9-26. Ruiz Ramón abre su comentario con una cita de Juan de Valdés: “Los hombres que reinan en el reino del mundo viven debajo de cuatro crudelísimos tiranos: el demonio, la carne, la honra y la muerte”. Reflexión aparte merece Pedro Crespo, alcalde de Zalamea, para quien el mandato del honor parece referirse a algo que está no sólo por encima del rey, sino también más allá de la sociedad: “Al rey la hacienda y la vida / se ha de dar; pero el honor / es patrimonio del alma / y el alma sólo es de Dios”.

Calderón pone en escena?¹⁴

Sea cual fuere el propósito de Calderón, lo cierto es que en los conflictos en torno al honor consigue representar un mundo en que cada hombre, en cada momento de su vida, puede ser puesto en una situación límite. Un mundo en que cada momento puede ser el momento de peligro.

En *Origen del drama barroco alemán*¹⁵, Benjamin critica la interpretación schopenhaueriana del principio del honor. Schopenhauer entiende dicho principio como una convención imaginaria a través de la cual se compone una distorsión exagerada y hasta caricaturesca de la vida y de las relaciones humanas.¹⁶ Según Benjamin, este punto de vista no penetra en el espíritu del drama español. Frente a la línea de interpretación seguida por Schopenhauer, el propio Benjamin sigue la de Hegel, quien caracteriza el honor como “lo vulnerable por excelencia”. Para Hegel, lo característico de la lucha por el honor no es el esfuerzo valeroso; tampoco la búsqueda de una reputación de hombre recto. Según Hegel, el que combate por honor lucha por el reconocimiento, esto es, por la invulnerabilidad abstracta.

Para Benjamin, es la invulnerabilidad física lo que está en juego en la defensa del honor. Sin la protección de un buen nombre, sin el escudo del honor, el cuerpo humano está expuesto al castigo. El hombre sin honor está en peligro. En este sentido, el ultraje que recibe un pariente tiene igual valor que la afrenta al cuerpo propio. A juicio de Benjamin, a través del concepto del honor el drama español consigue presentar el desamparo de la persona en tanto que criatura, es decir, en tanto que cuerpo vulnerable. Más aun,

¹⁴ En *Origen del drama barroco alemán*, Benjamin tiene en cuenta la observación de Goethe de que Calderón, como Shakespeare, merece ser antes alabado que enjuiciado por su capacidad de adecuarse a una nación y a una época. W. Benjamin, “Ursprung des deutschen Trauerspiels”, en: *Gesammelte Schriften*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1991, vol. I. 1, p. 307. (Versión española: W. Benjamin, *El origen del drama barroco alemán*, trad. de J. Muñoz Millanes, Madrid, Taurus, 1990, pp. 119 y ss.).

¹⁵ Benjamin, *op. cit.*, especialmente pp. 262 y ss. y 307y ss. (Versión española: pp. 69 y ss. y 119 y ss.). Una representación de la historia ligada al catolicismo contrarreformista es tan importante a la obra de Calderón como lo es a la de Benjamin otra educada en el mesianismo judío. Ello hace de Benjamin un lector excepcional de Calderón. En *Origen del drama barroco alemán*, Benjamin tiene una y otra vez en cuenta la obra de Calderón como contrapunto a las de sus coetáneos alemanes. A su juicio, éstos nunca alcanzan la flexibilidad y el virtuosismo de un Calderón cuyo teatro es caracterizado por Benjamin como una secularización de los misterios dramáticos medievales.

¹⁶ En el contexto de la interpretación schopenhaueriana, vale la pena recordar la descripción que en *El Gatopardo* hace Lampedusa de uno de su personajes como un “hombre de honor”, uno de esos imbéciles violentos capaz de cualquier barbaridad”. Citado en P. N. Dunn, “*El alcalde de Zalamea*”, en: Rico, *op. cit.*, p. 798.

ARTÍCULOS

consigue configurar una espiritualidad adecuada al cuerpo de la criatura.

Benjamin llama la atención sobre el hecho de que, a diferencia de las “vidas de mártires”, en las que la existencia del héroe concluía en un sangriento suplicio, los dramas de honor permiten una conclusión consoladora: el honor puede ser reestablecido. En particular, siempre ha de quedar a salvo el honor del rey, señor de las criaturas pero criatura él mismo. De su honor depende el orden social entero.¹⁷ Ese orden, cuya representación a escala es la corte, es visto por Calderón como un fenómeno natural cuya ley es el honor del soberano. En este contexto afirma Benjamin que la representación calderoniana de la historia está dominada no por la expectativa apocalíptica de un tiempo terminal o de una revolución temporal, sino por la idea de restauración. El rey, restaurador del orden cristiano, aplaca el poder ejercido por la naturaleza en el curso de la historia. Con otras palabras: el rey aplaca el destino.

Orden cristiano y destino son, a juicio de Benjamin, los polos del mundo de Calderón. La conexión de ideas cristianas y no cristianas es vista por él como clave en la fundación de un nuevo tipo de drama en que se modifica la noción trágica de fatalidad. Y es que Benjamin descubre en obras como *El mayor monstruo los celos* el antecedente del romántico “drama de destino”. En este tipo de drama, el héroe no entra en conflicto, como en la tragedia, con una instancia superior, sino con una serie de hechos que se suceden fatalmente. El desencadenante de la causalidad es la culpa. Ésta no es entendida como falta ética, sino como mancha inherente a la criatura. Así como la muerte a la que la culpa conduce no es castigo, sino expiación, esto es, purificación por el sacrificio. La existencia marcada por la culpa está sujeta a la ley de la vida natural. Tal sujeción explica, desde el punto de vista de Benjamin, la importancia que en el teatro calderoniano tienen los objetos fatales. Precisamente *El mayor monstruo los celos* es un buen ejemplo de cómo en Calderón un objeto —un puñal en este caso— puede

¹⁷ En *La vida es sueño* se caracteriza al rey como “absoluto dueño”. En *Saber del mal y del bien*, otra obra calderoniana, se dice que “nadie ha de juzgar / a los reyes sino Dios”. Más reveladoras resultan obras como *También la afrenta es veneno*, de Vélez de Guevara, Coello y Rojas, en que el vasallo ha de renunciar a la defensa de su honor cuando éste le es arrebatado por el rey. Ello muestra que no es la inmoralidad objetiva del acto lo que importa, sino su significado social. Ante la ofensa del rey, no cabe venganza. Sólo cabe eliminar la causa de la ofensa —la esposa, la hija...—, por inocente que sea. Y es que el rey es el garante de ese mismo orden a cuya defensa sirve el principio del honor, el resorte último con que el organismo social cuenta para restablecerse. Cf. J. A. Maravall, “Teatro y literatura en la sociedad barroca”, en: Rico, *op. cit.*, pp. 265-271. En este contexto, recuérdese la caracterización que Jerónimo de Carranza hace del rey como “persona universal, necesaria a la comunidad”. Citado por Ruiz Ramón, *op. cit.*, p. 11.

ganar el primer plano. Y es que las cosas adquieren poder sobre el hombre cuando éste queda reducido a la condición de mera criatura.

Benjamin interpreta el teatro calderoniano como la representación a escala de una humanidad arrojada al estado creatural. El papel predominante que en él desempeña el honor surge de la condición de criatura a la que son reducidos sus personajes. El personaje calderoniano es un cuerpo sólo defendido por el frágil escudo del honor. Un cuerpo siempre a punto de ser puesto en peligro.

Cuando Benjamin medite sobre la Primera Guerra Mundial, la caracterizará como una masiva exposición de hombres al peligro. En aquella guerra, el hombre se había encontrado, de pronto, en un paisaje “en cuyo centro, en un campo de fuerzas de explosiones y corrientes destructivas, estaba el mínimo, quebradizo cuerpo humano”.¹⁸ Era como si, súbitamente, el ser humano hubiese sido devuelto al mundo natural; como si hubiese retornado a la condición de mera criatura. Benjamin no participó en aquella guerra, pero hizo su propia experiencia de peligro cuando, como otros millones de judíos, fue expulsado de la civilización y tratado como un cuerpo. Culpabilizados por su nacimiento, millones de seres humanos tuvieron que aprender a vivir en una tensa y continua vigilancia, siempre insuficiente para protegerlos de la violencia. Para millones de seres humanos, cada instante podía ser el momento de peligro.

Entre esos millones de criaturas estaban Elli, Vally y Otilie Kafka, muertas entre 1941 y 1943 en los campos de concentración nazis. Su hermano Franz había vislumbrado años antes esa vulnerabilidad absoluta en el *El proceso*, aquella narración en que un hombre es, súbita y misteriosamente, señalado como culpable. Al final de la novela, cuando sus verdugos se disponen a liquidarlo, ese hombre cree ver a lo lejos a otro ser humano que extiende las manos hacia él.¹⁹ Se pregunta: ¿será un amigo?; ¿una buena persona que quiere ayudarme?; ¿toda la Humanidad, que intenta impedir que se culmine mi humillación? Pero, finalmente, nadie hace nada por evitar que K. muera “como un perro”. Al fin y al cabo, ¿por qué iba a ayudarle la Humanidad? ¿Acaso, cuando se levanta la mano sobre un hombre, ha de sentirse la Humanidad amenazada?

Pero dejemos el siglo XX y volvamos al cabildo de Granada, donde se está desencadenando otra operación de exterminio. Volvamos al momento en que Malec es agraviado por Mendoza. Inmediatamente, Malec comprende que no puede dejar de defender su honor. Pero comprende algo más: comprende que no es sólo su cuerpo el que está en peligro.

¹⁸ W. Benjamin, “Erfahrung und Armut”, *op. cit.* vol II.1, p. 214. (Versión española: W. Benjamin, “Experiencia y pobreza”, en *Discursos interrumpidos I*, trad. de J. Aguirre, Madrid, Taurus, 1987, p. 167).

¹⁹ F. Kafka, *Der Prozess*, Leipzig, Reclam, 1990, p. 201.

ARTÍCULOS

En *De la edad conflictiva*,²⁰ Américo Castro llama la atención sobre el hecho de que si el objetivo de la mayoría hispano-cristiana hubiese sido establecer el reino de la palabra de Dios, habría bastado vigilar que los moriscos —así como los hispano-hebreos— eran cristianos en cuanto a su creencia y conducta. Para Castro, lo que realmente estaba en juego era el valor de la ascendencia, esto es, a qué casta correspondía la preeminencia social. La centralidad de la cuestión de la ascendencia explica, según Castro, la asignación de las castas no hegemónicas a determinadas ocupaciones, entre ellas las humanistas y científicas. Establecer marcas de ascendencia servía a la casta hispano-cristiana para monopolizar el poder y el prestigio. Esta casta dominante se caracterizaba a sí misma como la limpia. Las otras eran, por tanto, sucias. Mantener vivo el prurito de limpieza de sangre servía para excluir del poder y del prestigio a los miembros de otras castas.

Tengámoslo en cuenta al observar una vez más al agraviado Malec. Parece habersele escogido cuidadosamente entre la población morisca. Se ofende no a un morisco cualquiera, sino a un miembro del cabildo, a uno del que la mayoría de los moriscos desconfía porque no vive como ellos. Los esfuerzos de Malec por asimilarse han resultado estériles. Lo que determina la exclusión no es la fe o la conducta, sino la sangre. El conflicto no es con la religión islámica, sino con la ascendencia africana. Si ni siquiera Malec es respetado, cada uno de los moriscos está en peligro. Otro morisco aparentemente asimilado, el voluntarioso Válór, que empieza tratando el caso como si sólo concerniese a Malec y Mendoza, será el último en comprender el alcance de la humillación del cabildo. Lo que Válór comprende al final del primer acto es que el honor en juego no es el de un hombre, sino el de su ascendencia. En ese momento, declara su enemistad al orden que lo excluye. Entonces, Válór decide ser Abenhumeya. Hará la guerra y la perderá. Morirá sin haber ejecutado la venganza.

La hazaña de Álvaro Tuzaní, insuficiente para valerle el perdón, mucho menos servirá para devolver el honor a los moriscos. Sólo la humillación de Isabel Tuzaní hará que Juan de Austria envaine su espada. Pero el agravio del cabildo seguirá pendiente. Aquel gesto abrió el estado de excepción para toda una comunidad. Ese agravio era un mensaje: el tesón por parecer homogéneo, por erradicar cada diferencia, nunca será lo bastante grande. El no limpio siempre estará en peligro. Siempre habrá de ser todavía más celoso en la eliminación de aquello que le distinga. Tendrá que hacer un

²⁰ A. Castro, *De la edad conflictiva*, Madrid, Taurus, 1972. También tenemos en cuenta: A. Castro, "Algunas observaciones acerca del concepto del honor en los siglos XVI y XVII", en *Semblanzas y estudios españoles*, Princeton, N.J., 1956, pp. 319-382.

gigantesco esfuerzo de desmemoria hasta que un día no le afecte el peor insulto contra sus muertos. Qué enorme tarea: no sólo vivir en la ley de los otros, sino incluso negar a los muertos. Olvidar a los muertos. Olvidar Galera, la ciudad quemada.²¹

■ EL HONOR DE ALCUZCUZ

Apenas hemos hablado de este personaje, Alcuycuz, a pesar de que aparece a lo largo de toda la pieza, y en momentos tan graves como la arenga de Malec o la venganza de Álvaro. Es el gracioso de la obra. Un morisco tan ignorante que, queriendo suicidarse, toma tocino y vino porque ha oído que son venenos para los musulmanes.

Al final de la obra, cuando Juan de Austria perdona a Álvaro Tuzaní, Alcuycuz se atreve a preguntar: “Y me ¿estar / perdonado?”. Don Juan le contesta que sí. No sólo Álvaro, de alto linaje y tan semejante a los nobles de la casta cristiana, sino también este humilde morisco podrá vivir en la

²¹ Hurtado de Mendoza concluye así su narración del asalto de Galera: “Siguióse la victoria por nuestra parte hasta que del todo se rindió Galera, sin dejar en ella cosa que la contrastase que todo no lo pasasen a cuchillo. Repartióse el despojo y presa que en ella había, y púsose el lugar a fuego, y así por no dejar nido para rebelados, como porque de los cuerpos muertos no resultase alguna corrupción: lo cual todo acabado ordenó don Juan que el ejército marchase para Baza a donde fue recibido con mucho regocijo”. Hurtado de Mendoza, *op. cit.*, pp. 344 y ss. Por su parte, Pérez de Hita escribe: “Se usó de tanto rigor y severidad con las mujeres y criaturas, que me parece se llevó el estrago mucho más allá de lo que permitía la justicia y era propio de la misericordia de la gente española, que siempre se señaló hasta en favor de los bárbaros; no hubo piedad para ninguno, alcanzando la muerte no sólo a las mujeres, sino también a las criaturas bautizadas; y tamaño rigor se ejerció por haberlo mandado así el señor don Juan, a fin de que el acerbo castigo sirviese de ejemplo a los demás rebeldes que quedaban por las Alpujarras, temiendo mostrarse en adelante pertinaces y con arrogancia contra Su Majestad, por cuya causa se echó el bando de que no quedase con vida en aquel pueblo hombre, mujer ni niño”. Pérez de Hita, *op. cit.*, p. 666. Poco más adelante, Pérez de Hita atribuye a Juan de Austria la disposición de “que se perdonase la vida a las mujeres y los niños de cinco años abajo”. *Id.*, p. 667. Según Mármol de Carvajal, Juan de Austria “no quiso que se perdonase a varón que pasase de doce años” e hizo matar a muchos moriscos en su presencia. Mármol de Carvajal, *op. cit.*, p. 220. Mármol atribuye al de Austria las siguientes palabras: “Yo hundiré a Galera y la asolaré y sembraré toda de sal, y por el riguroso filo de la espada pasarán chicos y grandes, cuantos están dentro, por castigo de su pertinacia y en venganza de la sangre que han derramado (...)”. *Id.*, p. 218. El propio Mármol describe: “Mas todos fueron muertos, porque aunque se rendían, no quiso Don Juan de Austria que diesen vida a ninguno; y todas las calles, casas y plazas estaban llenas de cuerpos de moros muertos. (...) Habiendo mandado Don Juan de Austria asolar todas las casas de Galera y sembrarlas de sal, partió de aquel alojamiento con toda la gente de guerra para el lugar de Cúllar (...)”. *Id.*, p. 220.

ARTÍCULOS

España pacificada.²²

Sin embargo, poco antes, en su correría por el campamento enemigo, Alcuycuz había tenido mucho más miedo que el propio Álvaro Tuzaní. A diferencia de éste, él no sabe hablar la lengua de los españoles, ni vestirse sus ropas, ni comportarse como ellos. A diferencia de Álvaro, Alcuycuz tuvo que hacerse el mudo para no delatarse como extraño. Juan de Austria le ha perdonado, pero ¿qué le queda? Sin su lengua, sin sus zambras, ¿qué vida le espera a Alcuycuz? Probablemente nadie se jugaba más que él en aquella guerra.

Los historiadores nos cuentan que, después de la guerra, muchos moriscos supervivientes fueron dispersados por otras regiones e incluso esclavizados. ¿Será Alcuycuz uno de ellos? ¿Conseguirá hacerse sitio en una España pacificada por guerreros como Juan de Austria, Mendoza o don Lope? ¿Tendrá que disfrazar su cuerpo, su alma, su ascendencia? ¿Vivirá más tranquilo que aquel cristiano nuevo sobre el que escribe Mateo Alemán en el *Guzmán de Alfarache*, que “viviendo alegre, gordo, lozano y muy contento en unas casas propias, aconteció venírsele por vecino un inquisidor; y con sólo tenerlo cerca vino a enflaquecer de manera, que lo puso en breves días en los mismos huesos”? Alemán compara a aquel cristiano nuevo con un carnero que compartía jaula con un lobo: “Aunque el carnero comía lo que le daban, hacía tan mal provecho, por el susto que siempre tenía, que no solamente no medraba, empero se vino a poner en los puros huesos”.²³ ¿Será para Alcuycuz cada uno de sus momentos el momento de peligro? ¿Se sentirá el resto de su vida como se sintió en aquel campamento? ¿Vivirá siempre en territorio enemigo?

¿Qué fue de Alcuycuz? ¿Qué fue del honor de Alcuycuz?

²² Ruiz Lagos ve aquí un final feliz en que el dramaturgo propone como solución del conflicto justo aquello que históricamente no se dio: la integración cultural. Ruiz, *op. cit.*, p. 53.

²³ Citado por Américo Castro en *op. cit.*, 1972, p. 188.

